

¿Sabes? A veces te veo en mis sueños y te escucho cantar, o sueño que hueveamos, que hacemos de las nuestras... te juro que, cuando eso pasa, no quiero despertar. Generalmente intento volver a dormir para seguir viéndote, seguir escuchándote. Y casi siempre lo logro. Pero cuando no, me levanto con una sonrisa de oreja a oreja. Mamá me ve en la mañana y ya sabe lo que esa sonrisa significa. Sonríe ella también y le cuento mis sueños. Ella también sueña contigo. Sueña con papá, conmigo. Sueña que somos una familia feliz, unida, como era antes. No, ella no llora. Al contrario. Se pone contenta. No, nada. Ella también feliz de verte aunque sea por ahí. Cualquiera cosa con tal de no verlo muerto en el sofá de nuevo, me dice. Bien tarado eres para morirte ahí también. Cualquiera lo hace en el baño o no sé. Extraño ese sofá. Aunque más extraño a quien estaba en él. Calla, mierda. Agradece que no puedo golpearte sino lo haría por joderme tanto. Tu partida me cambió bastante... pero para mejor. Me ha vuelto más maduro y sensible. Sí... al menos algo bueno salió de todo esto... creo...

Bueno, basura, ya me tengo que quitar. Mamá ya debe estar por regresar del gimnasio y si no me encuentra le dará un infarto. No, no te sientas mal. Tú sabes que si ella no viene no es porque no quiera, sino porque es muy duro y porque odia los cementerios casi tanto como yo. Tenemos que arreglar la casa. Cada que se cumple un mes de tu partida tenemos una reunión. ¿Ah? No, nada extraordinario. Toda la familia se reúne y rezamos por ti. Algún día iré a verte, pedazo de mierda. Por ahora solo tenemos que conversar así. Sí, sí cuidaré de mamá y de la familia. Tú también hazlo desde allá arriba. Te quiero, Sean. Toda la vida me arrepentiré de no habértelo dicho más seguido cuando estabas acá. Sí, yo sé, hermanito. No, no me iré antes de mi hora. No soy tan bestia como tú. Sí, vendré a verte mucho más seguido. Salúdame a los abuelos. Cuídanos siempre, basura. Sabe Dios que nosotros no lo hicimos contigo... ¡Un abrazo hasta el cielo!

## NOVA-7

**Fernando Omar Amaro**  
**Machacuay**

No quería parpadear. No podía. No ahora. El frío infinito del espacio penetró sus huesos hasta convertirlos en miembros rígidos inútiles. Teniendo su mano aún con el pulgar en alto, rogaba que fuera consuelo suficiente para ella. Aun en esos últimos minutos de vida, le dolía más el ver llorar a su esposa en la distancia que el mismo hecho de haber entregado su vida a la nada. Deseaba que ella viera su pulgar en alto y eso le brindara cierto consuelo ridículo. El consuelo para él era saber que ella viviría.

La oscuridad absoluta envolvía su cuerpo.

Ya no serían los brazos de ella.

El frío espacial congelaba y partía sus labios.

Aquellos que no podrían volver a sentir el calor de los de ella.

Su oxígeno terminándose a cada segundo.

Recordó la respiración de ella contra su cuello en las mañanas.

El universo entero reclamaba su cuerpo y vida, pero no iba a parpadear. *Tenía* que verla. Quería que cada segundo de su hermoso rostro bañado en lágrimas se grabara en su memoria pues ya nada le quedaba. Solo podía verla hasta que ya no pudiera distinguirla. Su cuerpo flotando se alejaba de ella para siempre. Aun muriendo, ella era lo único que le daba fuerza. Por un momento trató de sonreír al ver que las estrellas seguían brillando. En su mente la abrazó una última y eterna vez.

Una nueva explosión sacudió la nave. Todos los tubos calefactores tenían problemas para mantener regulada la temperatura del interior. El frío comenzaba a filtrarse a cada cámara del trasbordador forzando a los tubos a manipular más calor del que podían manejar. Reventaban al azar por toda la nave, haciendo que correr por sus pasillos fuese igual de peligroso que mantenerse quieto. Sin otra opción, Donnaref abandonó su puesto en los motores de la nave. Phillip acababa de avisar por el intercomunicador a los otros cinco tripulantes que el área de enfermería se encontraba en llamas hace un par de minutos. Este fue el verdadero motivo por el que Donnaref abandonó su puesto, dirigiéndose con ojos nerviosos bañado en sudor hacia Anardia, quien estaba en el turno de enfermería en ese momento. La alarma de la nave y sus luces de emergencia en medio de la oscuridad parcial anunciaban que otro asteroide estaba a punto de golpearlos en tan solo minutos. Dando tropiezos en la oscuridad, Donnaref llegó a la sala de enfermería donde la luz incandescente del fuego lo recibió. Para su fortuna, Kitelli y Magnus habían llegado antes con los extintores y luchaban por apagar las llamas. En el piso, Anardia tosía tratando de ponerse de pie, aún con su pierna vendada. A su lado, inconsciente, yacía Clía.

—Aléjate Kitelli por favor —dijo Donnaref retirando el extintor de las manos de la científica embarazada. Apartándola, comenzó a combatir el fuego junto a Magnus.

—¿Donnaref? ¿Por qué no estás en el cuarto de máquinas? —exclamó Kitelli.

—Es por demás. Los daños físicos se están reparando solos por el brazo mecánico. Tenemos que buscar un lugar seguro —respondió apagando la última de las llamas.

—Tiene razón —interrumpió el tímido Magnus—. Este campo de asteroides nos va a matar si recibimos unos golpes más. Tenemos que analizar los daños y largarnos lo antes posible —concluyó, dejando de lado su extintor.

—Vamos donde Phillip. Él sabrá qué hacer —ordenó Donnaref—. Magnus, carga a Clía. Yo llevo a Anardia —indicó mientras ayudaba a esta última a ponerse de pie.

—Iré adelantándome a la cabina —explicó Kitelli—, puede que Phillip necesite ayuda.

—Ve con cuidado por favor —gritó Magnus, mientras ella se perdía en la oscuridad de la nave.

—Andando —ordenó Donnaref, con Anardia sobre sus hombros.

La puerta exterior de la nave ahora estaba soldada por completo. A través de la ventana de la escotilla se despidió de ella. Sabía que esta no podría escucharlo ya pero igual le dijo sus últimas palabras de amor. Sonrió con ojos vidriosos detrás de su casco. No podía escucharla. Ella lloraba, gritaba y golpeaba la ventana arañándola. Sus lágrimas le dolían más a él. Terminó de hablar, cerró los ojos y juntó los labios como si pudiese besarla una última vez. Al abrir los ojos una lágrima descendió por su fría mejilla. Sonrió una última vez para ella y levantó su dedo pulgar. Sin bajarlo en ningún momento, volvió a cerrar los ojos, juntó las piernas contra la nave para impulsarse, y saltó hacia la nada. Comenzó a alejarse de ella. Abrió sus ojos de golpe. No quería parpadear. No podía.

En su silla de ruedas biónica, Phillip se dirigió a los cinco tripulantes.

—Como capitán he hecho todo lo posible y por ahora estamos fuera de peligro. La temperatura en toda la nave va a comenzar a bajar hasta llegar casi al cero absoluto. He reprogramado la energía que nos queda para que solo haya calor en esta cabina, la enfermería, la sala de navegación y los biohuertos. Tengo entendido que Donnaref dejó el brazo mecánico encendido en la sala del motor. Eso nos va a ayudar mucho, lamentablemente el último asteroide ha destrozado el casco externo y las tube-

rías que dirigen combustible a la turbina principal. Si esa turbina no recibe el combustible, jamás saldremos de este campo de asteroides —explicó Phillip, señalando los daños en su tablero digital.

Ninguno podía ver con claridad los rostros del resto pero el pánico se sentía en la atmosfera. Magnus caminaba de un lado a otro preocupado secándose el sudor. Kitelli, sentada, acariciaba tristemente su vientre. Anardia y Donnaref, tomados de la mano, miraban al piso de la cabina sin decir palabra alguna. Clía se encontraba desmayada junto a los tableros. Ella podía considerarse la más afortunada, pues no tenía idea de qué tan grave era la situación.

Fue un miserable asteroide pequeño. Insignificante para el tamaño de la nave. Pero eso fue lo que bastó para separarlo de la caja con los soldadores RQ. El asteroide raspó la nave y le golpeó el hombro, obligando a que soltara la caja. El daño físico fue grave, pero peor fue lo que vio a través de su casco. Los tubos de combustible que acababa de soldar fueron destrozados por ese pequeño asteroide. La caja con los soldadores ahora flotaban en el espacio, alejándose de forma caótica. Muy lejos como para poder alcanzarlos. Estiró su brazo lo más que pudo sin soltarse de la nave, pero fue su reacción unos segundos muy tarde. En su bolsillo solo dos soldadores RQ restaban. Si saltaba a cogerlos ya no podría regresar a la nave, tendría que arreglárselas con lo que tenía en el bolsillo.

—¡Háblame! —gritó Phillip, perdiendo comunicación con él por el daño del asteroide a su traje.

—Escucha Phillip. Ese último rompió los tubos de nuevo pero puedo soldarlos otra vez.

—No son los tubos. Ese asteroide causó cortocircuito interno. La puerta que da al espacio no se puede cerrar electrónicamente. El reingreso a la Tierra será imposible, la atmosfera nos va a freír. Tienes que cerrarla manualmente.

—¡Repíte, Phillip!

—¡No puedo cerrar la puerta de descompresión que da al espacio! Vas a tener que cerrarla manualmente y una vez adentro la sellas, ¿de acuerdo?

Al oír las palabras de Phillip, su corazón comenzó a oprimir su pecho, mientras que con pena y miedo veía flotar los soldadores RQ que terminaban de perderse en el espacio.

—Negativo. Solo me quedan dos soldados.

—¿Qué?

—Para soldar la puerta por dentro tendría que derretir el aerogel que recubre el interior de la nave. Eso solo puede ser fusionado con diez soldadores RQ como mínimo. Solo tengo dos.

Unos segundos de silencio que parecieron horas se interpuso en la comunicación. Phillip le ordenó que volviera inmediatamente a la nave, que ya verían una forma de regresar.

—Negativo. Con un soldador repararé los tubos de nuevo. Con el último voy a sellar la puerta por fuera de la nave. El titanio se puede fundir con solo un soldador RQ.

—¡Donnaref regresa a la nave! ¡Es una orden! —gritó Phillip por su radio.

—Phillip, asegúrate que mi hija crezca sana —dijo él con ojos vidriosos y cerró la comunicación.

Comenzó a trabajar en los tubos y en la puerta. Cambió la señal de radio y se comunicó con ella.

—Oye amor. Tú siempre me hiciste feliz...

Los seis tripulantes buscaban los rostros de los demás con la mirada, pero solo podían verse sombras dentro de la nave. La suerte ya había sido dada. Ahora tenían que decidir quién saldría a hacer el trabajo de reparar los tubos de combustible.

—Clía y Kitelli están fuera de esto —exclamó Phillip, —ella espera un hijo y ni siquiera sabemos si Clía va a despertar.

—Déjame ir a mí —dijo penosamente Magnus.

—No seas tonto —replicó Donnaref—. Tú no sabes qué tubos soldar. Yo soy el mecánico en esta nave. Además te necesitan como navegador. Kitelli debe cuidar de los biohuertos para que tengan oxígeno. Anardia los debe mantener vivos como la doctora —explicaba Donnaref. Mientras hablaba, Anardia tomó su mano y le suplicó que se detuviera. Todos los presentes sabían que la única alternativa era que Donnaref saliera con el único traje a reparar la nave desde afuera.

—No vayas por favor. Debe haber otra forma, —le dijo Anardia.

—Ustedes son indispensables, amor. Yo soy el único que puede ser reemplazado por el brazo mecánico en los motores.

—No para mí —le susurró ella apoyando su cabeza contra su pecho. Podía sentir a través de su ropa sus lágrimas.

—Todo va a estar bien Anardia. Solo voy y vengo. ¿De acuerdo?

Los soldadores RQ eran tubos gruesos y cortos como un puñal. El oxígeno solo le podría durar sesenta minutos, así que con toda destreza y rapidez conectó los tubos de combustible mientras que los soldadores RQ se deshacían en una luz violeta intensa en medio del espacio. El oxígeno para que estos funcionaran salía de su tanque también de modo que mientras más demorara en soldar menos de esos sesenta minutos de aire le

quedaban. Una semiesfera al final de la pistola soldadora aislaba el área a soldar del espacio, y dentro de la semiesfera se llevaba a cabo el proceso de fusionado y conducción. En menos de unos largos veinte minutos pudo terminar de soldar los tubos de combustible. Concentrado en su trabajo, no pudo ver que detrás de él se acercaba a gran velocidad un pequeño asteroide.

Solo quedaba un traje espacial. Todos los demás habían sido quemados por los numerosos incendios. Solo podría salir una persona al espacio. Una vez que ayudaron a Donnaref a ponerse el pesado traje, el resto de los tripulantes le dejaron en privado con su esposa en medio de la cámara de descompresión.

—Regresa rápido ¿sí? —susurró a su oído cerrando los ojos y acariciando sus mejillas.

—Más rápido que la luz, amor ¿de acuerdo? —sonrió Donnaref.

—Tienes que regresar. Por *nosotras* —exclamó Anardia mientras sujetaba la mano de Donnaref contra su vientre todavía delgado.

—Oye, nada me separará de ti. Ni todo el espacio posible. ¿Recuerdas? *Te amaré...*

—*Hasta que las estrellas dejen de brillar* —dijo ella terminando la oración de Donnaref.

La alarma del inicio de la descompresión comenzó a sonar fuertemente. En medio del ruido ensordecedor se abrazaron y juntaron sus labios en un momento que pareció infinito para ambos. Con un gesto suave, le indicó que se retirara de la cámara de descompresión. Ella así lo hizo.

Mientras la cámara cerraba la puerta interior para abrir la que daba al espacio, Donnaref se acercó a la ventanilla de la puerta cerrada. Frente a su esposa sonriente y triste, levantó el dedo pulgar para que lo viera, y le regaló una sonrisa. Sin otro gesto, le dio la espalda y salió a reparar la nave.